



HAY PARA CONTAR QUERÉTARO 2017

Gaceta oficial gratuita • Hay Festival Querétaro 2017 • Año 2 • Número 1 • 7 de septiembre de 2017

NO ESPERÁBAMOS, aunque tendríamos que haberlo imaginado, que también éste estuviera detenido. Hasta hoy, he contado ciento trece. Ciento quince, según Laura, que fue quien escuchó decir: *el de la torre blanca sirve*.

Ahora tenemos que volver. Más bien, que andar el camino nuevamente, aunque en dirección contraria. Hace tiempo, las palabras *ir* y *regresar* perdieron su sentido. O dejó éste de importarnos. Porque perderlo, lo han ido perdiendo casi todas. A pesar de que sigamos aferrándonos a ellas.

Las últimas cuadras, que serán las primeras, serán también las menos complicadas. Las zanjas son, a fin de cuentas, uno de los pocos privilegios que nos quedan. ¿Quién iba a decirlo? El trabajo inacabado es nuestro único resguardo.

Pero las zanjas, como el resto de la cosas, se terminan de repente. O comienzan. Y tenemos, Laura y yo, que emerger de lo profundo. Burlar a un grupo de agotados, escalar varios montículos de tierra y descenderlos, mientras deslavan, nuestras sombras, las marcas que dejamos.

¡Entre los tubos!, le ordeno a Laura cuando llegamos a la esquina, brincamos una base sin su estatua, burlamos las costillas oxidadas de un auto y alcanzamos la banqueta, al otro lado de la calle: *¡agáchate otro poco, sigue entre los tubos!*

No sé cuánto tiempo ha pasado desde la última ocasión en que un hombre o una mujer anduvieron erguidos. Los que todavía nos movemos siempre lo hacemos como Laura y yo avanzamos. Además de ocultarnos, el objetivo es aprender a usar las manos nuevamente. Agarrar, hoy, es menos importante que impulsarse.

¿Por las vías o el edificio?, pregunta Laura deteniéndose de pronto: las tuberías que nos protegen también van a terminarse: ahí, a unos metros. No sé por qué me lo pregunta y se lo digo: *¿para qué me lo preguntas?* Sonriéndome, Laura calla y corre hacia la entrada de la mole, en cuya cima, la noche, parecería estar naciendo.

Un par de metros antes de meternos en el titánico concreto, Laura y yo brincamos varias grietas y burlamos a otra familia de exhaustos: toman, sin

Come to raise

Emiliano Monge



Emiliano Monge © Daniel Mordzinski

mirarse, parecería que sin saber que allí están unos con otros, los últimos rayos de la tarde.

Así fue como todo dio comienzo. O como empezó a terminarse: un hombre dejó su oficina, se detuvo en medio de una calle, permitió que cada músculo en su cuerpo se venciera y murmuró: *estoy rendido*.

Alcanzo a Laura cuando estamos en mitad del edificio. Interiores, los llamábamos hace tantos años que no sé si es más el tanto o los años. *Como te gustan*, me dice ella sonriéndome de nuevo. Tiene razón. Cruzamos un inmenso galerón, frío y vacío. Un espacio que podría haber sido cualquier cosa.

No aspira a ruina, le repito a Laura lo que he dicho tantas veces y esta vez yo soy el que sonrío. *Pero tenemos que apurarnos*, añado acelerando el ritmo de mis piernas sobre el cemento desnudo: *no podemos quedarnos, se está haciendo cada vez más tarde*. Y allá dejamos nuestras cosas. Nuestra cosa, me corrige Laura, apretando la quijada y apurando, ella también, la cadencia de sus pasos.

Cuando por fin vemos la puerta de salida del coloso, casi no podemos ver ya nada. Vela la calle una lona de plástico a la que el viento despoja de albedrío. El sol, además, roza los cerros que rodean la última urbe, robándose las sombras de las cosas.

En la escalera que nos lleva de la mole hacia la calle, nos detenemos otra vez en seco. Entonces dudamos, observando los puntos cardinales que no son del que venimos. *Evidentemente*, le digo a Laura segundos después, cuando observan nuestros ojos el comienzo de los puentes.

Un par de metros antes de que el asfalto alce sus lomos, burlamos varios matorrales, otra muchedumbre de cansados y los restos de un vencido. En el rostro de Laura aparecen los gestos que esculpe la sospecha. Hacía meses que no dábamos con uno; hacía meses que no hallábamos vencidos.

No lo pienses, le suplico entonces: *nada más sigue corriendo*.

Soy yo, sin embargo, el que no consigue ahuyentar los resquemores, mientras nos lleva nuestra prisa hacia la altura. ¿Será una presa o habrá sido, también él, un infractor?

Así llamaron a los hombres que llevaron más allá el cansancio: infractores: los exhaustos que en lugar de recogerse se secaron: como montones de sal: los agotados que en vez de embalsamarse se oxidaron: como engranes de herramientas: los que pararon, sin saberlo, los relojes.

Quizás era el primero, se me sale en voz bajita y mis palabras son los frenos que interrumpen la carrera de mi Laura: *¿por qué piensas otra vez en eso?* Tiene razón: *¿por qué lo pienso?* ¿Por qué siempre de esta forma? ¿Por qué quiero creer que fue la propia explosión la que hizo que de golpe se quedaran detenidos? ¿Por qué no puedo creer lo que informaron?

Sabes bien que fue la bola, murmura Laura acercándose a mi cuerpo, tratando de abrazarme. Me conoce y sabe cuáles pensamientos me lastiman. La enorme bola que bajó detuvo los relojes, insiste intentando apaciguarme. Como insiste en envolverme con sus brazos: ya no sirven para esto.

Poco después, Laura me suelta, se aleja de mi cuerpo y me sonrío. Ya verás que encontraremos uno que ande, me anima como si ella fuera quien tuviera que cargarme. Como si yo no fuera el encargado de que el fuego del esfuerzo siga ardiendo en sus costillas.

Estoy seguro, le respondo a mi hija recobrando la entereza. Y limpiándome los párpados señalo la distancia. Hemos llegado hasta la cima de los puentes: a pesar del crepúsculo, se alcanza a ver cómo las plantas tragan y destrozan las viejas construcciones de los hombres: verlas reclamando lo que siempre ha sido suyo le devuelve la sonrisa a nuestros rostros.

Buscando apretar aún más el vínculo que crea este paisaje entre nosotros, antes de echar a andar de nuevo, Laura y yo giramos nuestros cuerpos y observamos ese otro horizonte que nos deja ver el puente: *la seguridad es tu obligación*, le digo a mi hija que asevera esas cosas que hace tiempo fueron letras: allá en la torre de la fábrica que cerca la penumbra: al final de un descampado que podría uno recorrer dando dos pasos o doscientos.

¡No los leas!, me grita entonces Laura. *Siempre haces lo mismo*, añade enojándose de golpe y girando sobre su eje precipita su carrera: *¡ya te he dicho que no quiero que los leas!*

Veinte metros antes de dejar atrás los puentes, sacudida por el viento, vuelve a escucharse la voz de mi pequeña: *ciento dieciséis*, asevera Laura levantando del cemento, sin perder nunca el paso de sus piernas y sus brazos, un viejo reloj de pulsera.

Ciento catorce, la reto entonces en voz alta, aferrándome, de paso, a la cuenta que yo llevo. Y

(...) Welcome to Paradise, leo en la imagen que encontramos una tarde y que después, la realidad, cuando al fin dimos con ella, transformó en esta otra cosa: come to raise, dice el letrero de la cueva que es nuestra guarida: había perdido algunas letras: sigue aún estando lejos.

sonriéndome otra vez, Laura lanza a un lado, sin violencia, el pedazo de plástico inservible: *no estamos seguros, papá*. Sobre nosotros, además de la noche, se han posado varias nubes: no las veo pero de alguna forma las intuyo: ¿las huelo?

Ni tú ni yo estamos seguros, insiste mi hija apresurando su carrera y sus palabras se convierten en presagio, deformando los únicos dos rostros que ella y yo hemos tocado, que ella y yo hemos admirado. *No estamos seguros*, repito en voz baja y el presagio se convierte en certeza: ha empezado a escucharse el sonido que ellos hacen: son los que habitan las inmensas rejillas blancas.

Cada noche salen ellos a buscarnos: quieren nuestra cosa: saben que es la única que queda: que nosotros la tenemos: quieren llevársela a sus cuevas transparentes. Pero no saben dónde la escondemos. *Hay que llegar a la guarida*, le digo a Laura: *hay que apurarnos*, insisto convirtiendo nuestro andar en nuestra huida.

Hacia la boca, ordeno poco después, cuando finalmente abandonamos el enorme camellón que nace allí donde los puentes se deshacen y que termina aquí, donde el extraño arco de luz inagotable se levanta como templo de vacío.

A pesar de que insisto: *hacia la boca*, Laura gira en el pequeño callejón que acaba hundiéndose en la tierra: es otra forma de meterse en la vieja urbe. El camino que de aquí estaba más cerca pero no el que ella y yo utilizamos, el que ella y yo mejor sabemos. Y detrás nuestro, el ruido que hacen los que viven encerrados en membranas suena cada vez más fuerte.

Por la derecha, advierto enojado: *íese nos lleval*, insisto observando cómo Laura vuelve a hacerme caso. Tenemos que llegar lo antes posible a nuestra cueva, pienso en silencio y al hacerlo, como siempre, agradezco haber dado un día con ella: allí está segura mi hija: estando ahí, nuestra cosa está extraviada para ellos: escondidos puedo yo cuidar de ambas.

Gracias por llevarnos a la cueva, murmuro encendiendo mi linterna y evocando, al ver el halo o al mirar la espesa marea negra que lo enclaustra, la imagen que le otorgo, en mis desvelos, a lo que un día llamamos dioses: *gracias por llevar mis pasos un día a ella*, insisto cuando mi hija gira su carrera rumbo al túnel que señala mi linterna.

Por enseñarnos qué era lo que estábamos buscando, sigo agradeciendo y despegando un brazo de la tierra acaricio el bolsillo en el que guardo el vaticinio que me dieron: *Welcome to Paradise*, leo en la imagen que encontramos una tarde y que después, la realidad, cuando al fin dimos con ella, transformó en esta otra cosa: *come to raise*, dice el letrero de la cueva que es nuestra guarida: había perdido algunas letras: sigue aún estando lejos.

Deja de estar agradeciendo, grita Laura, adivinando nuevamente lo que pienso: *deja ya esa pendejada y mejor corre con más ganas*, insiste después, doblando, también de nueva cuenta, hacia otro túnel.

Están cada vez más cerca, advierte mi hija a voz en cuello cuando entramos a uno de los túneles centrales: sólo entonces vuelvo a oírlos: es verdad, nunca los había escuchado así de cerca: me golpean las vibraciones en la espalda y en la nuca: la piel del lomo me susurra: están a menos de cien metros.

Van a encontrar nuestro refugio, señala mi hija y a pesar de su temor se para en seco, apaga su linterna y se pega contra un muro: *van a quitarnos nuestras cosas*, insiste arrebatando de mis manos mi linterna y apagando también ésta. *Nuestra cosa*, la corrijo al mismo tiempo que intento, yo también, que el muro me devore.

No hagas ruido, le digo a Laura sin decirlo, moviendo nada más los labios: *nos queda sólo que se pierdan*: el ruido que ellos hacen está cada vez más cerca: demasiado: justo encima de nosotros.

Petrificados, tratando de ser parte de la piedra, Laura y yo aguardamos largo rato. Pero tampoco podemos hacer esto para siempre. Quedarse quieto es acercarse a la renuncia: dejar entrar el cansancio: rendirse o vencerse: extraviar el tiempo.

No sólo tememos a esos seres: también volvemos esos otros que ni a ellos les importan. Mi hija no sabría momificarse, entraría en ella la conciencia de la propia explotación. Quizá por eso me incorporo: lentamente: constato que el sonido se escucha un poco más lejos: *ahora*, ordeno y precipito mi carrera.

La foto del día
Daniel Mordzinski



Jody Williams
© Daniel Mordzinski

Cuando el sonido finalmente se ha apagado, vuelvo el rostro: quiero sonreírle a mi pequeña: mis ojos, sin embargo, no la encuentran: Laura no me sigue: me detengo asustado: vuelvo entonces todo el cuerpo: echo a andar sobre mis pasos: cada vez más apurado.

¡Laura!, repito: *¡Laura... Laura!*

Encuentro a mi hija en el lugar donde hace rato nos fundimos con las piedras: inmóvil: sollozando. *Levántate*, le ordeno inclinando aún más el cuerpo y acercándole los labios al oído: *no podemos hacer esto, ya lo sabes*.

Pero a pesar de mis palabras, Laura no reacciona: no se mueve. O no más que sus temblores. La sacudo: primero sin usar apenas fuerza: violentamente luego. Entonces mueve la cabeza: no, nada más los labios: *ya no quiero*. En silencio pienso qué decirle: repaso mentalmente nuestra historia: recuerdo cada frase pronunciada: evoco cada día vivido.

Al final no le digo nada.

Tras aguardar junto a mi hija un largo rato, vuelvo a intentarlo: *ahora sí puedes*, le digo limpiándole, al mismo tiempo, los ojos con la mano que aún me sirve para esto: *hay que llegar a nuestra cueva*.

Alzar a Laura no resulta fácil: siento el óxido en los huesos: la impotencia de unos dedos que hace tiempo no agarraban otros dedos: mi lomo no consigue erguirse tanto como para poder tirar de ella.

Al final, la levanto utilizando la cabeza: haciendo de mi nuca una pala.

Dejar atrás el primer túnel resulta una proeza. Pero

luego Laura va volviendo poco a poco a ser Laura. Y entonces, convencido de que el momento es el correcto, acerco los labios a su oreja: *¿qué tal que ellos encontraron nuestra cosa?*

En los ojos de mi hija vuelvo a ver arder un algo. Y a pesar de que en los túneles siguientes sigue ella apoyándose en mi cuerpo, cuando entramos en la enorme galería donde convergen los túneles más amplios, Laura al fin avanza sola.

Y muy pronto estamos otra vez corriendo. Observándonos el uno al otro cada tanto. Hablándonos incluso a veces en voz baja: yo le ordeno dar de pronto una vuelta: insiste ella solamente en el terror que ahora la habita: *no pueden haberla encontrado*.

Así cruzamos los últimos metros: desbocados: ella a cada instante más nerviosa: yo a cada paso más radiante. Y así también llegamos a la cueva: *come to raise*.

Apenas ingresar, corro hasta la esquina, casi me tumbo sobre el suelo, muevo la piedra que la oculta y tomo entre las manos nuestra cosa: necesito terminar de devolverle a mi pequeña la entereza, la fuerza que el cansancio amenaza secuestrarnos.

Sentados sobre el suelo, uno frente al otro, dispongo las linternas en sus sitios y poco a poco desenvuelvo, con cuidado, nuestra cosa: brilla encima de una de mis palmas.

Dale tú la vuelta, le digo entonces a Laura. Y mi hija, emocionada, alza una de sus manos, la acerca hasta mi palma y gira el tiempo. El hilo de arena apenas se escucha. •

Bioderivas

Derivas de la vida I

Carmen Pardo

«En la dorada tarde nuestra barca
se desliza sin prisa:
impulsan ambos remos unos brazos
inhábiles de niñas,
mientras en vano sus manitas pugnan
por trazar nuestra vía».

SON ESTOS LOS PRIMEROS VERSOS del poema que Lewis Carroll escribe como preludeo a su obra *Alicia en el País de las Maravillas*. La barca en la que el escritor pasea con las tres pequeñas Liddell se mueve a la deriva, pues los brazos de las niñas no le pueden dar el rumbo. En ese paseo por el Támesis del año 1862, empieza a tomar cuerpo la historia de Alicia cuya primera etapa, su estancia

en el País de las Maravillas, se concluye tres años después. En el inicio de la obra, recordarán todos, encontramos a Alicia un tanto aburrida y adormilada mientras su hermana está leyendo un libro sin ilustraciones ni diálogos.

«¿y de qué sirve un libro –se dijo Alicia– si no tiene ilustraciones ni diálogos?».

En esto anda pensando cuando, de forma inesperada, un conejo blanco pasa apresurado a su lado lamentándose de que va a llegar tarde. El conejo parlante no extraña a Alicia, pero lo que sí llama su atención es que se saca un reloj del bolsillo del chaleco para comprobar la hora y después apurar el paso. La curiosidad que este hecho le despierta, le hace levantarse y correr tras el conejo colándose en su madriguera y cayendo en el País de las Maravillas. Durante su sueño, también Alicia irá a la deriva.

La deriva de Alicia trae los ecos de otros recorridos desnortados, como los puertos que visita Lord Jim, ese marino desterrado del mar que Joseph Conrad describe en su obra homónima. Pero, otras veces, algunos destinos aparecen socarronamente como una burla hacia aquel que traza su rumbo. Esto bien nos podría recordar Dino Buzzati en *El desierto de los tártaros*, donde el personaje principal, el capitán Giovanni Dogo, pasa sus días en la Fortaleza Bastiani esperando que llegue su hora de gloria –la batalla con los tártaros–, mientras el paso del tiempo va dejando sus huellas en él.

«Quince años para las montañas han sido menos que nada, e incluso no han hecho gran daño a los bastiones del fuerte. Pero para los hombres han sido un largo camino, aunque no se entiende cómo han pasado tan pronto. Las caras son siempre las mismas, más o menos; los hábitos no han cambiado, ni los turnos de guardia, ni las charlas que los oficiales tienen cada noche.

»Y, sin embargo, mirando de cerca, se reconocen en los rostros las señales de los años».*

A la deriva o siguiendo el rumbo, estos personajes invitan a declinar el alcance del término vida. Asistimos a las aventuras de Alicia en el mundo de lo posible, al error de Lord Jim después de haber abandonado con su tripulación una nave en peligro llena de pasajeros, o a la perseverancia estupefacta del capitán Giovanni Dogo fijando su mirada en el horizonte y siempre a la espera. Para los tres la vida es su vida, la que ellos promueven, precipitan o imaginan con sus sueños, sus actos y sus ilusiones.

Tal vez, nosotros lectores, pensemos que nuestra vida dista mucho de la que se dibuja en el sueño de Alicia, de la pesadilla que nos puede parecer la vida de Lord Jim, o de la triste vanidad del capitán Giovanni Dogo pero, ¿qué hay del conejo blanco que persigue Alicia? Apresurado, presionado por el tiempo mecánico que saca de su bolsillo, el conejo blanco se inmiscuye en la infancia de Alicia, ese lugar donde a veces, aún puede regir otro tiempo. El tiempo del reloj que marca la vida del conejo blanco no es el tiempo de las montañas que se divisan desde la Fortaleza Bastiani. Entre uno y otro, ha tenido lugar toda una gestión de la vida de los hombres, de su existencia.

Existir no es simplemente vivir como el animal, la planta o la montaña; existir es cada vez más, no perder el tiempo porque, ese tiempo, ya no es de uno, es el tiempo en el que todos contribuyen a un orden determinado, es en suma el tiempo en el que la existencia se torna vida productiva. Quizás por ello, todavía se busca sentir otro tiempo en la contemplación de unas montañas para las que nuestro tiempo apresurado apenas es nada. En su contemplación, aún es posible preguntar y preguntarse, siquiera por un segundo:

¿De qué modos se marcan los tiempos sobre los que se declina una vida? •

* Buzzati D., *El desierto de los tártaros*, ed. Orbis, Biblioteca Jorge Luis Borges, Barcelona, 1987, p. 187. Trad. de Esther Benítez.



Carmen Pardo
© Cortesía de la autora

Hay-on-Hoy

Bienvenidos nuevamente a Hay-on-Hoy, la sección favorita de nuestros lectores, donde podrán enterarse de los chismes más candentes acerca de las y los más ilustres invitadxs al festival.

Comenzamos abordando el tema del polémico robo de la H que conformaba el nombre «Hay Festival» en el Jardín Guerrero, cuyo paradero lamentablemente no ha sido localizado, sin que tampoco haya sido contactada la organización del festival para conocer las demandas de quienes mantienen a la H en cautiverio. Sin embargo, supimos extraoficialmente que al parecer fue secuestrada por un grupo de corte anarquista, como medida de presión ante el irregular rendimiento del equipo de fútbol local, los Gallos Blancos de

Querétaro. La idea es que, sembrando el pánico en la ciudad con acciones como ésta, los jugadores cobren conciencia de la importancia de su desempeño para la moral colectiva, y redoblen esfuerzos para conseguir sacar a la institución de la media tabla en la que, en el mejor de los casos, se encuentra perennemente sumida.

Los lectores atentos de esta sección recordarán que el año pasado el célebre escritor Emiliano Monge condicionó su participación en el festival a que hubiera una fila de ambulancias siguiendo su traslado desde la Ciudad de México, por si alguna de las múltiples enfermedades crónicas, degenerativas y terminales que está convencido lo aquejan desde temprana edad, hiciera necesaria atención médica durante el camino. Pues bien, en esta nueva participación Monge ha repetido sus demandas estrafalarias, pero ya no relacionadas con su salud directamente, sino más bien con el tema de su edad. El equipo de Hay-on-Hoy tuvo conocimiento de que Monge exigió que se colocara en sus even-

tos un equipo de seguridad para determinar quién puede acceder a los mismos. Sólo que en lugar de medir la estatura del público, como sucede habitualmente en los parques de diversiones, Monge solicitó que no se dejara pasar a ningún espectador menor a los 90 años de edad. Su razonamiento consiste en que se encuentra cansado de no poder dialogar con el público asistente acerca de lo que experimentaron en carne propia ante sucesos como la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas, o el desembarco de Normandía de los Aliados, durante la Segunda Guerra Mundial, cuestión que lo hace sentirse solitario e incomprendido cuando se encuentra en el escenario. Después de una complicada negociación, Monge accedió a asistir al Hay de Querétaro sólo bajo la condición de que por cada asistente menor a la edad estipulada, estén presentes al menos dos que la rebasen, de modo que al final del evento puedan echarle montón a lo que definió como «Esos jovencitos que creen que porque saben usar el internet y el WhatsApp, son superiores a los de mi generación». •

Perdido en la ciudad Carlos Vélez



Entrevista con | Eduardo Rabasa

Ben Fountain

¿Cuántas de las historias de tu libro *Brief Encounters with Che Guevara* viviste durante tus viajes a Haití, y qué personajes se basan en gente que realmente conociste?

En el segundo cuento del libro, *Rêve Haitienne*, el doctor que lo protagoniza se basa en un amigo haitiano muy cercano, que conocí en ese momento en particular, cuando había un brutal régimen militar. Había mucha violencia y opresión. Y después, en el cuento que da su nombre al libro, el doctor aparece nuevamente. Los personajes de ese cuento son gente que o conocí o de la escuché hablar, pero todo lo demás es inventado, salió de mi cabeza, pero no estoy seguro de dónde.

Quisiera preguntarte sobre el vudú, pues aunque nunca he estado en Haití, a partir de tu escritura queda de manifiesto que para los haitianos es una presencia sumamente real, como se expresa en el cuento «The Good Ones are Already Taken». Como extranjero, ¿cuál fue tu experiencia frente a esta expresión, y qué piensas al respecto?

En Estados Unidos el vudú tiene mala fama, a pesar de que es una religión genuina, más antigua que el cristianismo, el judaísmo y el islam. Es realmente antigua, y tiene raíces muy profundas. Al igual que en el cristianismo, contiene elementos benignos y malignos. En la cosmología cristiana hay un espacio para el Diablo, para los demonios, y lo mismo ocurre con el vudú. Es una expresión genuina del impulso religioso en la naturaleza humana. He de decir que cuando comencé a ir a Haití, dado que se han escrito un montón de grandes libros sobre Haití, tenía más o menos una buena idea de los principios generales del vudú, así que cuando empecé a ir a las ceremonias, me di cuenta de que era algo genuino, real, que se sentía muy antiguo y muy profundo. De pronto me encontraba como el único blanco en las ceremonias, entre unos seiscientos



Ben Fountain © Billy Lynn

haitianos apretujados en un lugar pequeño, cantando y bailando, siendo poseídos por los dioses, y yo sentía una gran paz y calma. Esa fue siempre mi experiencia con el vudú.

El protagonista de tu libro *El eterno intermedio de Billy Lynn* es un soldado de 19 años. ¿Cómo te preparaste para contar la historia desde su punto de vista?

Bueno, alguna vez yo tuve 19 años (ríe). Y es curioso cuando uno comienza un proyecto como este, que vuelven a la conciencia cosas que uno no sabía que sabía, o que había olvidado, así que comencé a recordar lo que se sentía tener 19 años. Por una parte existe esta sexualidad extrema, ya sabes, piensas en sexo todo el día. Pero también es una edad de crisis existencial, ya que incluso si uno no es plenamente consciente de ello, a esa edad buscamos comprender cuál es nuestro lugar en este mundo. Nos preguntamos, ¿quién soy yo?, ¿qué debo hacer con mi vida?, ¿hay lugar para mí en este mundo?

En el caso de Billy, como estuvo en la guerra, y ha experimentado esa realidad límite de la vida y la muerte, de pronto ve las cosas con mucha mayor claridad. No es el típico joven de 19 años, ha adquirido conciencia a partir del trauma, así que, en

su caso, lo que ocurre a un nivel inconsciente en la mayoría de los adolescentes bobos de 19 años en Estados Unidos, él lo tiene al frente de su percepción. Al final reflexioné largamente sobre quién era yo a los 19 años, aunado a una copiosa investigación sobre aspectos militares, con lo cual el asunto era simplemente procurar situarme en la piel de Billy.

El antropólogo americano Ernest Becker dice en su libro *The Birth and Death of Meaning*, que los soldados van a la guerra porque piensan que no van a morir. Pero no fue la impresión que me produjeron los soldados de tu libro, particularmente Billy. Creo que más bien

siente un vínculo muy fuerte con el resto del escuadrón, y que está dispuesto a morir para no quebrar ese vínculo.

Me parece que en un principio los jóvenes van a la guerra porque en efecto piensan que son inmortales, que no van a morir, son unos cabeza de chorlito, sus cerebros no se han desarrollado por completo. Está científicamente demostrado. Hay neurocientíficos que han realizado investigaciones que apuntan a que los cerebros de los jóvenes de 19 años no se han desarrollado completamente, así que una de las razones por las que van a la guerra es que quieren ponerse a prueba. Una vez que entran en combate y ven a sus amigos morir, cuando se dan cuenta de la facilidad con la que puede ocurrir, entonces se vuelve real. Saben que pueden morir, por lo cual se vuelve un asunto mucho más serio, y deben tomar una verdadera decisión, así que lo que los mantiene unidos es el profundo amor que desarrollan entre sí al interior de estos pequeños grupos. Es una de las formas más profundas de amor humano, y por eso Billy vuelve al frente, a pesar de que ahora es muy consciente de los peligros: la posibilidad de morir es real, pero aun así, regresa.

Quisiera preguntarte sobre el humor, porque es un libro muy gracioso, incluso si aborda temas muy serios, y te burlas de buena parte de la sociedad americana. ¿Es algo que te resulta natural?

Creo que el humor es parte muy importante de la vida. Incluso bajo las circunstancias más terribles, la gente tiene una gran capacidad para hacer chistes. En particular, cuando se junta un grupo de jóvenes, los chistes fluyen con naturalidad y sin cesar. Debo decir que García Márquez me enseñó mucho acerca del humor, en el sentido de que el libro más serio del mundo también puede ser muy gracioso, y, de hecho, creo que eso es algo más cercano a la experiencia humana genuina. Es como pensar que en este momento podría ocurrir una tragedia, y al mismo tiempo podrían darse situaciones desternillantes. Para el caso de mi libro, lo que sucede es que la sociedad de Estados Unidos en este momento es demencial. Cuando la gente dice que mi libro es una sátira, yo respondo que es realista. No hace falta que exagere nada. Cuando me dicen que exagero, les respondo que no es así, que el espectáculo de medio tiempo del libro es exactamente como el que vi, que sirvió de inspiración para el libro. Así que, en realidad, el humor me pareció una parte bastante natural del libro. •

Gabriela Jauregui | *Agallas*

No volar, no el aire que entra y circula y llena los alvéolos como si fueran estrellas; que vuelve al pulmón pluma, instrumento de viento desde el cual levitar. Sino otra función pulmonar. Pulmón olvido, que se vuelve otro recuerdo o marca o memoria. La del pulmón primitivo, pulmón anfibio o submarino que se va llenando desde abajo, vaso de agua que se embebe, empapa y satura, para extraer oxígeno de allí y después sacarla, vaciándose, exprimiéndose. Pulmón esponja. Lo opuesto a una burbuja. Pulmón denso de agua. Pulmón saturado de líquido. Pulmón de un feto. Pulmón digestivo. Pulmón interface se llena del afuera se vacía del adentro. Pulmón que desafiara sus propias leyes. Branquia más que bronquio. Filtro perfecto y funcional. Permite la viscosidad del agua llenarme. Hasta desaparecer la frontera entre yo y mi entorno, entre mi cuerpo y el agua. Pulmón ya no dividido en células ni luego en átomos sino de partículas subatómicas hasta fusionarse con el todo líquido. Liquidación. Licuación. Derretir y fundir las partes con el todo. Pulmón de la profundidad del azul de la unión ingrávida. Pulmón que dobla y derrite las leyes de la física. El pulmón plata-forma de exploración. Pulmón plumón, lleno de tinta que se apoya en un papel y va deglutiendo todo su color en una exhalación mancha. Este pulmón, este pulpo que inspira líquido y expira tinta hasta marcar el espacio de la existencia con su agua, hasta eliminar toda distancia. •



Gabriela Jauregui
© Daniel Mordzinski

www.hayfestival.org/queretaro
f hayfestivalimaginaelmundo
t @hayfestival_esp
@hayfestivalqueretaro
#HayQuerétaro17

HAY FESTIVAL QUERÉTARO

Actividades del jueves 7 de septiembre

Escritores en el objetivo con Daniel Mordzinski

✓ [HJ1] 10:00 – 11:00
ITESM, Set de tv. Centro de Medios.
Aula: 10106

Contra el tiempo. Con Luciano Concheiro

📖 [HJ3] 15:00 – 16:00
UAQ, Edificio Anexo a la Biblioteca del
Campus Aeropuerto

[1] Teatro de la Ciudad 17:00 – 18:00 h Jody Williams en conversación con Diego Rabasa

Congreso de Talento Editorial (VII edición)

📖 [T1] Galería Libertad 17:00 – 20:00 h
(varias sesiones)
17:00 h Mesa 1: Bogotá39. El Hay Festival y la
edición independiente iberoamericana celebran
la buena literatura. Un modelo de coedición.

18:00 h Mesa 2: Contra el exceso, criterio. La
proliferación de la autoedición, ¿amenaza el
papel tradicional del editor?

19:30 h Mesa 3: ¿Para quién editamos? ¿Quién
nos lee? Nuevos y viejos lectores. Los públicos de
la edición independiente.

Paolo Giordano

📖 [HJ4] 17:00 – 18:00
ITESM, Learning Commons. Biblioteca
Roberto Ruíz Obregón
Evento en inglés

Jorge Volpi en conversación con Mónica Maristáin

📖 [3] 19:00 – 20:30
Cineteatro Rosalío Solano

James Rhodes en concierto

🎵 [4] 20:00
Teatro de la Ciudad

TR Traducción simultánea al español 📖 Literatura 🎵 Música 🎬 Cine ✂ Arte 🌐 Ciencia 📰 Periodismo y actualidad 🕊 Derechos Humanos [HJ] Hay Joven [HF] Hay Festivalito [T] Talento Editorial



Asociación de libreros de Querétaro • Blackie Books • Colofón
Horizontal • Penguin Random House • Planeta • Sexto Piso

“Esta (obra, programa o acción) es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los ingresos que aportan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de ésta (obra, programa o acción) con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de ésta (obra, programa o acción) deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente”.